

La huella de un sabio santo

Santa y calladamente, como había vivido, se durmió en el Señor, con fecha 24 de diciembre del año que finó, este ejemplar sacerdote e ilustre compañero de Academia.

Bajo el semblante dulce y el porte modesto del Padre José María Ibero, anidaba una gran personalidad científica, un hombre de vastísima cultura, que ha honrado por igual a la tierra solar de San Ignacio, donde nació, y a esta Castilla, por la que laboró sin medida.

Al filo de la Nochebuena, «con las botas puestas» de peregrino del saber y de la caridad, ha muerto un ejemplar jesuíta, un gran español.

El linaje de Ibero es, por vasco, españolísimo. El propio nombre primitivo de la Patria es «euzquera»: «I-berri-a», Iberia, tierra baja, valle, vega. «Iber-iberis», es el ibero español, según Lucrecio, y a fe que en su vida y en su obra este sabio jesuíta que se nos fue ayer, hizo honor a su apellido, que dió cinco hermanos jesuítas, llamados tres, en olor de admiración, El Santo, El Sabio y El Prudente.

La existencia del Padre Ibero transcurrió en torno a Oña, salvo el forzado paréntesis del exilio, en Bélgica. Fue en Oña donde transmitió a generaciones y generaciones de alumnos su vastísimo saber, su riguroso método, su filiación suarista y su honda preocupación, rayana en lo anecdótico, por luchar contra los absurdos y prejuicios evolucionistas.

El Padre Ibero explicó muchos años Psicología. Dominaba su historia y sus partes, desde la Psicofisiología a la Psicología Social, La Historia de la Psicología la definió él como «venero riquísimo, no de «querellas metafísicas», como alguien las apellida, sino de altísimas y trascendentales verdades», y junto a una copiosa bibliografía profana o extranjera, esmaltó su obra «Psicología Empírica», publicada en 1916 y aún útil y actual, de citas de autores cristianos y españoles, desde Clemente Alejandrino a San Agustín, desde Saavedra Fajardo a Manjón.

Paleontólogo de autoridad nacional (testigo es el insigne admirador suyo Martínez Santa Olalla), exploró toda la geografía burgalesa, singular-

mente Oña y su comarca, centro de sus operaciones. El descubrió la cueva del Caballo, recorrió la Bureba, siguió la pista de los «silex» de Las Pastizas y catalogó y cuidó el «mamuth» descubierto por Ataúlfo Fidalgo en el Monte de La Abadesa.

Cuando en 1955 la Institución «Fernán González» le abrió sus puertas, dedicó su discurso de ingreso a exponer sus investigaciones en Oña.

Impulsor oculto y entusiasta del Instituto Suárez, aún recordamos el brillante duelo sostenido en presencia del Padre Puzo, sobre los orígenes de la especie humana, con lo que se abrieron en Burgos los coloquios suarecianos. El ilustre fallecido puntualiza en una de sus páginas que, precisamente, a Suárez le sorprendió la muerte «al terminar su capítulo magistral «De Anima», con que cerró sus voluminosas y nunca suficientemente apreciadas obras».

También apoyó el Padre Ibero, con todas sus fuerzas, a la Escuela Castellana «Santo Domingo de Guzmán», y en una preciosa lección dada en la misma el 27 de marzo de 1957, estudió el paso del hombre prehistórico por la comarca burgalesa, singularmente los microlitos de la llamada serie epigravetiense, muy raros en los museos, que halló en las Pastizas, hoy Barriada Yagüe.

Abruma contemplar su obra investigativa y docente, pero, con todo, esta actividad resulta accesoria si se la compara con su increíble dedicación al ministerio sacerdotal, con las horas consumidas y la destreza empleada en la dirección de las conciencias. Como se le vió hace cinco años subir antes que nadie a la empinada iglesia de Sedano, a sus ochenta y seis años, le he visto al hablarle ayer, dos horas antes de su muerte, amable, manso, lúcido e incansable, después de estar confesando casi seis horas seguidas, un 24 de diciembre.

Así se nos ha ido el Padre Ibero. «Al pie del cañón», en un prodigio sólo explicable por lo que él llamara en uno de sus libros «el amor de la caridad».

Hoy he releído alguno de sus pensamientos: «El ideal que se propone el hombre, solo o en sociedad, es una de las causas psicológicas de más alcance». «El deber es uno de los factores que más obligan la voluntad humana». «Aunque sea cosa pequeña ¿te has fijado en la constancia que da el deber a los sacerdotes en el cumplimiento del rezo divino?»

El Padre Ibero ha caído por el Ideal en cumplimiento del deber. La huella del Padre Ibero es aquella cosecha de buenas obras, a que alude hablando de las ovejas «trasquiladas», el Cantar de los Cantares. Ovejas lavadas por el candor y pureza de su santidad y vida, sólo atentas a su ministro, nunca estériles por las huellas que dejan en su obra y en la de sus discípulos. Cuando el pulso del Padre Ibero era como un latido de un

pajarillo moribundo, la mano de otro profesor, sabio, vasco, españolísimo, suareciano, se posaba sobre la suya como un mensaje postrero del Colegio Máximo de Oña, emporio de la cultura vascocastellana, sellando la continuidad de la empresa.

La Institución Fernán González, que se honró al tenerle en su seno, despide con gesto emocionado al sabio y humilde compañero, a quien Dios, en su munificencia, habrá otorgado el premio que las recias virtudes del extinto merecen.

D. E. P.

JOSE MARIA CODON